

# OPTAMOS POR LA VIDA



(Oración de la mañana)

**Ambientación motivadora:** Delante de todos aparecen objetos que nos recuerdan lo que va a ser nuestro día, que nos pueden distraer o motivar la presencia de Dios a lo largo del día: unas flores, un periódico deportivo, unas cartas, una Biblia, unos cuadernos, una lamparilla, una caja de pastillas, una escoba, una baraja...

## Saludo a la Buena Madre

Buenos días, Señora.

Cuando amanece y veo la luz nueva que alegra el universo, pienso que te ha bastado entreabrir lo ojos para llenar el mundo de alegría.

Toda esta luz es reflejo de tu mirada, como toda tú eres reflejo de la luz del mundo, Jesucristo, vencedor de la tiniebla y de la muerte. Tus manos orantes me sosiegan y me dan confianza; tu actitud de contemplación ante el misterio que te habita me estimula a vivir en contemplación y en adoración contigo.

Te presento lo que soy y lo que amo. Me presento en unión con todos mis hermanos.

Tú nos conoces y nos acoges a todos.

Tu corazón es el hogar en que cada uno tiene su sitio reservado.

Por eso, desde que amanece la luz, aflora espontáneamente a mis labios una palabra que es saludo gozoso y compromiso agradecido.

En tus manos y en tu compañía queremos pasar este día, Madre.

## Lectura del calendario

### Ofrecimiento: Alabo tu bondad

Todo mi ser canta hoy por las cosas que hay en mí. Gracias te doy, mi Señor, tú me haces tan feliz. Tú me has regalado tu amistad, confío en ti, me llenas de tu paz. Tú me haces sentir tu gran bondad, yo cantaré por siempre tu fidelidad.

Gloria a ti, Señor, por tu bondad.  
Gloria, gloria,  
siempre cantaré tu fidelidad. (2)

Siempre a tu lado estaré alabando tu bondad. A mis hermanos diré el gran gozo que hallo en ti. En ti podrán siempre encontrar fidelidad, confianza y amistad. Nunca fallará tu gran amor, ni tu perdón. Me quieres tal como soy.

## Me has llamado, Señor

Señor, me has llamado a la existencia con un designio preciso, me has hecho conocer lo importante de mi vida, me has dado una vocación.

Tú me has llamado y quiero responderte decidido tú me has escogido y quiero seguirte con ilusión. Me llamas a ser testigo tuyo, percibo lo que debo ser, conozco lo que debo hacer, necesito tu ayuda para vivir como tú quieres.

Tú me llamas a vivir con los demás, a descubrirte con los demás, a encontrarte con ellos. Tú me llamas a tomar en serio el tiempo, la vida, el hombre, el amor.

Es tu discípulo quien te ve en los demás y los ama, quien te ve en los demás y los perdona, quien te ve en los pobres y hace algo por ellos.

Tú me llamas cada día, llamas a todo hombre, al que está triste, al soberbio, al grande, al que ostenta poder, al pequeño, al débil. Tú me llamas siempre, cuando lloro y cuando sufro, cuando trabajo y cuando amo, me llamas en la libertad.

Tú, que estás conmigo en todo cuanto hago, tú que conoces el corazón de cada uno, ayúdame a vivir mi consagración, junto a mis hermanos de comunidad y acompañados siempre por tu Madre y nuestra Madre. Amén

(Hacemos un momento de eco de la oración)

### Salmo para cantar agradecidos

Es bueno darte gracias, Señor y cantarte con gozo cada día; proclamar por la mañana tu lealtad y por la noche decirte que me has querido. Es bueno decir que tus acciones, Señor, son mi alegría y mi esperanza, y proclamar que las obras de tus manos son júbilo y fiesta para mí.

Te doy gracias por el don maravilloso de la vida y por el don entrañable del bautismo. Gracias, Señor, por el don de tu Espíritu y por el don eficaz de tu Palabra. Te doy gracias por el don de tu Pan de Vida y por el bien que he hecho a lo largo de mi vida.

¡Qué grandes son tus obras, Señor!  
¡Qué profundos son tus designios!  
¡Qué grandes son tus proyectos sobre nosotros!  
¡Qué insondables tus deseos para quien te busca!  
Es bello vivir siendo tú el centro de mi vida.  
Es bonito, Señor, dedicar la vida a los demás.

# Orar para vivir

Juan Martín Velasco, *Invitación a orar*, Narcea, 87-91.

El título del conocido libro de R. Voillaume encanta por la pluralidad de sentidos y de mensajes que comporta. Todos ellos confluyen en la superación de ese peligro que amenaza con divorciar la oración de la vida e introducirla en un camino paralelo a los caminos de la vida. El peligro es de siempre y desde siempre ha sido denunciado por la literatura espiritual: «No todo el que dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos» (Mt 7, 21). «Que no, hermanas, no; ¡obras quiere el Señor!» resumirá por su parte santa Teresa (*Moradas* V, 3, 11).

*Orar para vivir* significa, en primer lugar, que la oración tiene que estar orientada a la transformación de la vida; que una oración estéril, que no produzca en la vida del orante los frutos de las buenas obras, muestra que en el corazón del hombre no ha sucedido nada real, que el sujeto, sean cuales sean sus gustos o sus ideas o sus imaginaciones, no se ha encontrado realmente con nadie.

Pero la insistencia exclusiva en este aspecto necesario podría llevar a una forma de perversión pragmatista o utilitarista de la oración. La oración, el encuentro con Dios, convertido en mera palanca para la consecución de las buenas obras. Dios puesto al servicio de nuestro progreso moral, de nuestra tranquilidad de conciencia y, tal vez, de nuestra autocomplacencia. ¿Hay algo más opuesto a la lógica, a la verdad de la relación con el Misterio, que esa oración en la que las fuerzas de Dios se suman a las nuestras para permitimos alcanzar el ideal de nuestra perfección? No; la verdadera oración, que nunca puede ser puro juego, aunque algunas formas de oración -sobre todo litúrgicas- algo tengan que ver con el juego, tampoco puede convertirse en instrumento al servicio de otra cosa que «lo único necesario», el reconocimiento del Misterio.

Así pues, *orar para vivir* significa además otra cosa. Significa que la oración es indispensable para poder vivir. Como respirar, como alimentarse. Significa que la oración presta a la vida el sentido, la orientación, sin la que ésta se tornaría intolerable. Que la oración alimenta la confianza que la hace aceptable. Significa que sin la oración llegaría muy pronto para los creyentes el momento del «ya no puedo más» que hace la vida imposible. *Orar para vivir* significa, por tanto: «orar para poder seguir viviendo».

Pero tal vez sólo capta el sentido de la expresión quien aprende a orar desde la vida. Llevando la vida a la oración y tratando de encarnar la oración en la vida. Orar desde la vida consiste, en primer lugar, en hacer la propia vida «materia» de oración, recordando sus acontecimientos felices en la acción de gracias, haciéndose eco de sus maravillas como maravillas de Dios en la alabanza, pidiendo perdón por las desviaciones personales del designio de Dios sobre nosotros, expresando la confianza ante el futuro por incierto que sea y pidiendo ayuda en los malos trances que nos depara. La naturaleza, hierofanía permanente, no es el único lugar en el que Dios se refleja para el hombre. Para la tradición bíblica, Dios se manifiesta sobre todo en el fluir de la historia colectiva del pueblo y en esa otra historia pequeña que es la vida de cada creyente. Considerando nuestra vida, todos podemos decir como María: «El Poderoso ha hecho obras grandes en mí». Orar desde la vida es, en primer lugar, reconocer en los acontecimientos, sean como sean, la guía callada, la orientación y la densidad que les confiere el designio amoroso de Dios. «De la noche a la mañana, de improviso se presentan la alegría y el sufrimiento; mas ambos te abandonan antes de que te percares y se dirigen al Señor para comunicarle cómo los has soportado» (*Bonhoeffer: Resistencia y sumisión, Sígueme*, 1983, pág.32).

La atención del orante a su propia vida cuando ora, transforma permanentemente su oración. Sólo quien ora en abstracto tiene el peligro de las fórmulas estereotipadas y de la rutina. De la misma manera que hay una oración de la mañana, y otra para el atardecer, hay una oración diferente para las diferentes horas de la vida. Así, una buena educación de la oración, en lugar de imponer al niño fórmulas que sólo los adultos comprenden, le introducirá en la capacidad de admiración y de gratitud por la vida y le dejará que lo exprese en su balbuceo infantil. Y hoy vamos viendo cómo a medida que las generaciones jóvenes crean sus propias formas juveniles de oración redescubren el gusto por la oración que parecían haber perdido. ¿Cómo tendrá que ser la oración del hombre y la mujer maduros

cuando éstos rezan desde sus vidas llenas de preocupaciones, tareas, prisas, cansancios prematuros, gozos y temores? Qué edad tan preciosa la vejez para orar en el sosiego del atardecer muchas cosas, en la plenitud de otras que se consuman, en el desasimiento aceptado a través de las limitaciones y los sufrimientos y en la esperanza de la transformación: «Enseñanos a contar nuestros días, para que entre la Sabiduría en nuestro corazón» (Sal 90, 12).

Pero no se trata tan sólo de encarnar la oración en las diferentes edades de la vida. Quien ora desde la vida, la encarna también en los diferentes aspectos y elementos que la componen; la voz y el gesto, el pensar y el querer, la profesión, el trabajo, el ocio y la amistad, el gozo y el sufrimiento. Orar desde la vida es aprender a aceptar y asumir todos estos ingredientes de la vida y hacer con ellos una tarea de servicio a los demás que continúe el amor creador de Dios.

*Orar desde la vida* puede llegar a hacer de la propia vida un salmo en el que resuena la bondad, la belleza y el amor de ese manantial del que proceden nuestros días y ese mar al que se encaminan nuestras vidas, que llamamos Dios. Aquí se consuma la unión de la oración con la vida a la que aspiramos.

No es la voluntad que se somete a otra voluntad más poderosa, pero impuesta desde fuera como una ley por medio de la obligación. Es la coincidencia del que se entrega en la confianza a la voluntad que le ha puesto en la vida y le está haciendo permanentemente vivir. Cuando la oración desde la vida nos ha descubierto esa presencia y hemos consentido a ella con el «heme aquí», «hágase en mí», «Señor, ¿qué quieres que haga?», todos los acontecimientos de la vida irradian esa presencia y la proclaman. Se ora desde la vida, porque la vida toda, que procede de una voluntad libremente entregada a la de Dios, se ha hecho oración.

### **Oración participada desde el texto (ecos, peticiones, acción de gracias...)**

#### **Intercalamos entre las intervenciones el coro:**

Señor, enséñanos a orar;  
a hablar con nuestro Padre Dios.  
Señor, enséñanos a orar,  
a abrir las manos ante ti.

#### **Rezamos juntos el Padre nuestro.**

#### **Canción final:**

Yo quiero ser arcilla entre sus manos;  
yo quiero ser vasija de su amor.  
Quiero dejar lo mío para él. (2)  
Quiero dejar lo mío para él, para él.